



EMILIO SANTIAGO

Doctor en Antropología e investigador ecosocial

¿Lo personal es político?

EL MOVIMIENTO FEMINISTA nos enseñó que lo personal es político. Afirmaba Carol Hanisch que esto es lo que descubrieron los grupos de concienciación de mujeres de la segunda oleada del feminismo. El potencial transformador de esta idea es tan profundo que pronto se convirtió en un lema en el mejor sentido del término: el resumen de una verdad inspiradora, que merece ser repetida hasta que la tarea que impulsa quede resuelta. Pero este lema ha tenido interpretaciones distintas: hay quien ha puesto el acento en la naturaleza sistémica de la dominación de la mujer. Y hay quien ha entendido que las decisiones personales tienen impacto político. La macropolítica construye la vida cotidiana, es obvio. ¿Pero este es un camino de doble dirección? ¿Pueden las acciones micropolíticas tener influencia en una estructura social como el patriarcado?

Medio siglo más tarde, los movimientos ecologistas están actualizando este debate. El comienzo de una toma de conciencia realmente masiva sobre la crisis climática en particular, y ecológica en general, ha traído consigo el cuestionamiento de la insostenibilidad de hábitos y opciones vitales muy arraigadas: de la vergüenza de volar al rechazo del consumo de carne o alimentos kilométricos, pasando por el descrédito de una vieja vaca sagrada de nuestros imaginarios de felicidad, como es el automóvil. Lo personal es hoy examinado por su irresponsabilidad ecológica. Y cada vez son más los que llaman a actuar en consecuencia.

En una sociedad sostenible, el uso del automóvil, la aviación comercial o el consumo de carne se habrán reducido de modo muy significativo. Sencillamente, las cuentas del planeta no cuadran para universalizar los actuales estilos de vida occidentales. Por ello los cambios personales que, como una vanguardia antropológica, anticipen nuevas costumbres ecológicamente justas son siempre una buena noticia. También en el terreno político: así se ganan las batallas culturales. Y todo cambio personal tiene un efecto irradiador en los entornos próximos mucho más potente que cualquier propaganda. Lo sabían los viejos anarquistas: las ideas convencen, pero el ejemplo arrastra.

Pero siendo necesarias y bienvenidas, las acciones de responsabilidad personal no son suficientes. Y es que nuestros hábitos apenas son decisiones personales. Son el reflejo de las inercias y del funcionamiento de nuestro sistema social, que se reproduce más allá de nuestra voluntad (esta es la de-

finición de una estructura económica como es el capitalismo). Y que somete a la población a chantajes para los que no tenemos demasiada alternativa. Si una persona tarda media hora en coche de llegar de casa al trabajo, y dos horas en transporte público, hace falta ser un superhéroe para cambiar este hábito. No es casual que bajo el predominio cultural neoliberal, el problema ecológico se piense en términos de responsabilidad individual. El neoliberalismo ha hecho de la erradicación de idea de sociedad y su carácter estructural el corazón de su cruzada ideológica. Además, las decisiones individuales son fácilmente canalizables en términos de nuevos mercados.

Las duchas cortas, la bolsa de tela o el tipo de dieta son cuestiones muy importantes. Pero donde la sostenibilidad realmente está en juego es en otra parte: en el pulso entre emplear nuestros impuestos para rescatar autopistas o para construir una red de transporte público que ofrezca opciones de movilidad sostenibles para todas. En la lucha sobre si la definición del marco legislativo que regulará la transición ecológica la diseña el interés empresarial o el interés general. O en el debate, cada vez urgente en un mundo ecológicamente saturado y por tanto explosivo, de quién está dentro y quién está fuera de la ciudadanía, y qué derechos y qué deberes otorga esta condición.

Carol Hanisch tenía claro qué quería decir cuando afirmaba que lo personal era político: “No hay soluciones personales en este momento. Solo hay acción colectiva para una solución colectiva”. Su conclusión vale para la crisis climática: no volar, alargar la vida de nuestros objetos o una dieta vegetariana son cambios personales de enorme valor. Pero la acción personal más importante para frenar el calentamiento global es aquella que trasciende nuestra subjetividad individual y actúa en la red de lo común, que es donde las estructuras sociales se reproducen. Y donde pueden sufrir mutaciones decisivas. Por ejemplo, la elección del voto. O más importante, la determinación personal de comprometerse en organizaciones con enfoque ecosocial. Sin cuyo empuje, denuncia, vigilancia y emprendimiento de alternativas (económicas, culturales, educativas), las políticas públicas de transición ecológica nunca podrán revertir los bucles de una civilización en esencia insostenible. ■

«TODO CAMBIO PERSONAL TIENE UN EFECTO IRRADIADOR EN LOS ENTORNOS MUCHO MÁS POTENTE QUE CUALQUIER PROPAGANDA»